

## CARRANZA EN EL MADERISMO

**E**l estado de Coahuila estaba en armas. Por todas partes se aprestaban a la lucha en todo el territorio del estado. Los amigos de Carranza esperaban sólo la llegada de éste para emprender la campaña.

Don Francisco I. Madero tuvo el acierto de nombrar a Venustiano Carranza como gobernador provisional del estado de Coahuila y comandante en jefe de la Tercera Zona Militar, que comprendía los estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.

Dicen que el general Díaz, profundo conocedor de los hombres y de la vida nacional, al conocer dicha designación, comentó: “Un peligro mayor que el de Chihuahua apunta en Coahuila si Carranza se posesiona bien de aquella región”.

En los tratados de paz que se celebraron en Ciudad Juárez, Chihuahua, fue don Venustiano Carranza, con su innata firmeza de carácter quien sostuvo siempre la base fundamental de que para pactar la paz era imprescindible la retirada absoluta del general Porfirio Díaz.

Había ya un gobierno provisional de la República, con don Francisco I. Madero como presidente y don Venustiano Carranza como secretario de Guerra y Marina. Triunfante la Revolución de mayo de 1911 y desintegrado el gobierno provisional, don Venus-

tiano Carranza se hizo cargo de la gubernatura de Coahuila, con carácter interino.



1911.—Por elección unánime del pueblo, don Venustiano Carranza llegó al cargo de gobernador constitucional del estado de Coahuila. Su gobierno se caracterizó por su rectitud y acrisolada honradez. Ese gobierno, bajo la dirección de don Venustiano Carranza, es respetuoso de la ley, enérgico y reformador. Secunda decididamente la actuación del presidente Madero y es su más fuerte sostén.

La Revolución es un hecho palpable en el estado de Coahuila que se traduce en conquistas reales y no en un simple cambio de mandatarios.

Surge potente el brote reaccionario que encabeza Pascual Orozco, y el gobernador Carranza se apresta a colaborar eficazmente con el gobierno del centro para sofocar el intento rebelde.

Convoca a los suyos. Crea milicias auxiliares y organiza la campaña contra las huestes orozquistas que intentan invadir a Coahuila por Sierra Mojada. Son los antiguos maderistas de Coahuila los que mandan las fuerzas irregulares del estado: su hermano Jesús Carranza, Pablo González, Cesáreo Castro, Lucio Blanco, Francisco Coss, Osuna, Ricaut, Zuazua, Murguía, todos los que han de ser más tarde prestigiados generales del Ejército Constitucionalista.

Don Venustiano organiza la nueva lucha y su experiencia y visión política le hacen prever que la campaña ha de ser larga y penosa. No es a Pascual Orozco y su pequeño grupo de descontentos a los que hay que combatir. El enemigo está emboscado dentro de las mismas filas de los que aparecen como defensores del flamante gobierno emanado de la revolución triunfante. El verdadero enemigo está integrado por el Ejército federal —que permanece intacto, bien abastecido y lleno de soberbia— apoyado y respaldado por los políticos porfiristas y el clero.

Existe una inquietud latente en el pueblo que materialmente se palpa por doquier con claridad meridiana. La Revolución que llevó por bandera: “Sufragio Efectivo y No Reelección”, no per-

seguía solamente ese único fin. Es una transmutación completa lo que desea la masa popular. Sin manifestarse abiertamente, el pueblo siente la necesidad de un cambio radical en las cosas que pesan sobre él. No se trata únicamente de modificar un carcomido sistema político, sino que se desea el advenimiento de la Revolución social. El gobierno de don Francisco I. Madero, profundo respetuoso de la ley, enclavado en el foco mismo de sus pasados —aún recientes— enemigos, tiene el peligro de fracasar en manos de ellos. Don Venustiano Carranza palpa la realidad, siente el peligro y se pone en guardia para un futuro que él avizora no lejano.

Establece fuertes ligas de amistad con los gobernadores de bien definida procedencia maderista y pactan el convenio de respaldar con energía, por medio de las armas, al gobierno de don Francisco I. Madero, cuando la necesidad lo requiera así. Los gobernadores de Coahuila, Sonora, San Luis Potosí y Aguascalientes quedan perfectamente identificados entre sí.



Sofoca el gobierno del señor Madero la intentona rebelde del general Bernardo Reyes en el norte, el cuartelazo de Félix Díaz en Veracruz, la fuerte asonada de Pascual Orozco y hay una esperanza ligera de que la paz sea una cosa tangible en la República.

Inesperadamente estalla impetuosa rebelión en la propia capital de la República. Tienen lugar, como consecuencia de ese movimiento, los aciagos días de la Decena Trágica y sucumbe el presidente don Francisco I. Madero, con aureola de mártir, a manos de los enemigos de la obra apenas iniciada.



Parece que todo ha terminado; que volvió la realidad al cabo de un sueño profundamente grato, que los ideales de democracia, mejoramiento social, justicia y todo lo que contenía la ideología de la Revolución, fueron sólo un pensamiento efímero e inconsciente.

Huerta y los suyos ahogan en sangre la aspiración justa del pueblo, aspiración que apenas nació.

Vuelve a reinar la paz de las tumbas.

Silencio impenetrable de las cosas muertas.



Empero, don Venustiano Carranza, austero e inmovible, está en su puesto. Ha jurado, como gobernador de su estado, cumplir y hacer que se cumplan los preceptos de la Constitución vigente. Es un carácter firme y decidido, capaz de enfrentarse a las más difíciles situaciones y a los más grandes conflictos. Siente, además, hondamente en su pecho, el ideal revolucionario y en su cerebro, bullen pensamientos que han de llegar hasta el pueblo, quien sabrá recogerlos e impulsarlos vigorosamente hasta alcanzar, pasada intensa lucha, el éxito más completo.

El arranque efectivo de la vida ejemplar de don Venustiano Carranza, de la etapa gloriosa, parte del 19 de febrero de 1913, un día después del sacrificio de don Francisco I. Madero y don José María Pino Suárez. Aquel mismo día, Huerta, el usurpador, en execrable mensaje, comunicó a todos los gobernadores del país que, autorizado por el Senado de la República, había asumido el Poder Ejecutivo de la Unión y que tenía presos al presidente Madero y a los miembros de su gabinete.

Carranza, desde luego, solicita del Congreso del estado que no se reconozca al asesino traidor y pide también que se le concedan amplias facultades para combatirlo. El Honorable Congreso del estado de Coahuila secunda dignamente la heroica actitud del primer mandatario del estado y lanza el memorable decreto número 1421, de 19 de febrero de 1913, desconociendo a Huerta y aprestándose a la lucha.

Don Venustiano no piensa ser el jefe de un magno movimiento reivindicador. No ambiciona el mando, ni la gloria, ni el caudillaje. Considera, simplemente, que su actitud será seguida o simultánea a la de otros gobernadores dignos y la de altos jefes del Ejército con limpia ejecutoria. Invita a que lo secunden los gobernadores

y los generales pandonorosos, entre los que considera, por conocerlos personalmente, a don Gerónimo Treviño, José María Mier y Fernando Trucy Aubert.

Al primero de ellos, por sus antecedentes gloriosos, le ofrece la jefatura del movimiento legalista. Confiaba en que no todo estaba contaminado en la política y en el Ejército. Tenía la esperanza de que muchos jefes federales y las fuerzas militares se alistarían para la lucha. Vana creencia que se desvanece casi al nacer. De los veintisiete gobernadores solamente cuatro: los de Sonora, San Luis Potosí, Aguascalientes y, naturalmente, Coahuila, desconocieron a Huerta. Todo el Ejército federal estaba con él. Los gobiernos extranjeros reconocían apresuradamente al nuevo gobierno, emanado del crimen y la traición. Fuerzas federales, numerosas y bien pertrechadas, a corta distancia de Saltillo, estaban prontas a ir a batirlo. Estaba a punto de abortar el incipiente impulso reivindicador.

Los vencedores estaban aturcidos por la fácil victoria. Un gobernador lejano que, arrogante, desconocía al nuevo gobierno, ¿qué era? No faltaban amigos officiosos que intercedieran para que Carranza corrigiera su actitud. Carranza supo aprovechar el momento oportuno que salía a su encuentro y entretuvo hábilmente al enemigo en tanto que reunía con premura a las fuerzas auxiliares del estado, las que, diseminadas, operaban por puntos lejanos a la capital. Así que tuvo la certeza de que los suyos estaban a su lado o iban en camino para incorporársele, salió de Saltillo en franco son de rebeldía.

Ahí empezaba la campaña constitucionalista.



El día 26 de marzo de 1913, los jefes y oficiales de las fuerzas coahuilenses que siguieron a don Venustiano Carranza en su aventura reivindicadora, en la hacienda de Guadalupe, Coahuila, lanzaron el plan que daba forma al naciente movimiento armado. Era ese plan, una sencilla declaración y una proclama: *Se desconoce a Victoriano Huerta y se proclama Primer Jefe del Ejército Consti-*

*tucionalista al gobernador del estado de Coahuila, C. Venustiano Carranza.*

Solamente se prometía restaurar el orden constitucional interrumpido por la traición y se improvisaba un ejército para la lucha inmediata. Nada más se prometía, como no fuera una campaña que se adivinaba larga, desigual y sangrienta. El Plan de Guadalupe se distingue en la historia patria por su sobriedad y sencillez. Primero habría que ser, y, después, buscar la manera de ser.

La biografía de don Venustiano Carranza, desde esta fecha, está ligada íntimamente con la historia completa de la revolución constitucionalista. Él fue el creador de un formidable ejército formado por masas proletarias, él fue organizador de la campaña toda, el estratega, el modelador de la victoria. Su nombre fue el grito de guerra que sacudió a la República de norte a sur y de oriente a occidente. Hablar de la vida de Carranza implica hablar de la colosal obra llevada al cabo por él y que constituye en sí, la revolución social más grande de América.

Sería menester un libro, varios libros, para lograr una descripción completa del hombre y su obra.



Larga sería la narración de la vida del grande hombre e inadecuada para una publicación como ésta, por ello me limitaré tan sólo a expresar las principales características de su persona.

Físicamente era de constitución vigorosa; bien musculado, algo obeso; de alta estatura, barba florida y espeso bigote.

Usaba constantemente lentes para mirar a larga distancia; para leer y observar de cerca alguna cosa se despojaba de sus espejuelos. A veces, cuando reconcentraba su pensamiento en algo interesante, acariciaba con la mano diestra su barba entrecana. Era tardo en sus movimientos; reposado en el hablar y sobrio en la palabra. Su sola presencia inspiraba respeto. Su traje favorito, desde que se lanzó a la lucha contra Huerta, hasta que cayó acribillado a balazos en Tlaxcalantongo, era: sombrero de fieltro gris, de anchas alas, estilo norteño; chaquetín de gabardina sin insignias milita-

res, pero con botones dorados de general del ejército; pantalón de montar, botas de charol o mitzas de cuero amarillo de Saltillo.

Cuando despachaba en el Palacio Nacional o en el Castillo de Chapultepec, vestía de saco o jaquet y se tocaba con un sombrero bombín. En cualquier parte que estuviera, tenía por costumbre levantarse temprano y, como la gente campirana de la frontera, tomaba una taza de café solo y después hacía a caballo un recorrido por una o dos horas. Le acompañaban siempre uno o dos ayudantes y su fiel amigo Secundino Reyes. Andaba sin temor por todas partes, sin escolta, a la que solamente utilizaba para las jornadas formales o para el resguardo de su alojamiento.

Cuando regresaba de su paseo diario, almorzaba al estilo coahuilense: chile con queso, cabeza de carnero tatemada al horno o carne asada. Nunca faltaba el café negro ni las tortillas de harina. Después del almuerzo se dedicaba de lleno al trabajo; se enteraba de la voluminosa correspondencia diaria, de los telegramas en clave; acordaba con los secretarios de Estado, con el jefe del Estado Mayor; daba audiencias, dictaba órdenes y formulaba planes para actividades futuras, tanto del orden civil, como guerreras.

A las once de la mañana tenía por costumbre comer un poco de fruta fresca. Continuaba su trabajo y comía invariablemente entre una y dos de la tarde, en compañía de su familia, del ayudante de guardia y de algún convidado, siempre alimentos hogareños: caldo, sopa de arroz, cocido con verduras, algún guisado y café.



Nunca tomaba una copa de licor ni tenía el hábito de fumar. Por la tarde continuaba su trabajo. Cenaba a la hora ordinaria y proseguía despachando asuntos oficiales hasta altas horas de la noche. No era amante de diversiones, pero tampoco era insociable. Concurría con su familia a las recepciones oficiales y cumplimentaba a las damas; a las señoritas, daba agradable conversación. Tenía, dentro de su austeridad, un exquisito don de gentes que hacía atractiva su personalidad.

En campaña, a pesar de su edad, era el más duro para rendirse a la fatiga. Él y su caballo negro eran una sola pieza desde Saltillo hasta Monclova, cuando desconoció a Huerta; desde Monclova hasta Candela cuando derrotó a la caballería federal de Rubio Navarrete; de Candela a Monclova y de allí a Cuatro Ciénegas, cuando el avance de la columna federal de Joaquín Mass.

Atravesó el desierto coahuilense y fue hasta Torreón a poner asedio a la plaza. Después, cruzó el interminable e inhospitalario Bolsón de Mapimí, el estado de Chihuahua, trasmontó la Sierra Madre Occidental y llegó hasta Sonora.

Meses más tarde fue desde Sonora hasta Ciudad Juárez, Chihuahua, cruzando nuevamente la Sierra Madre Occidental por el Cañón del Pulpito. Y cuando murió, pudiera decirse que fue al pie de su caballo en la —para él— inhospitalaria Sierra de Puebla.

Siempre, en tales circunstancias, fue tranquilo, digno, estoico ante el peligro, ante la fatiga física, ante el hambre, ante las inclemencias del tiempo.

Era el hombre de campo, el campirano del norte hecho a las fatigas diarias; el que primero cuidaba de su caballo —compañero fiel—, que de su propia persona; el que encontraba fácil acomodo en escueto barrial o en la dura peña; el que encendía el fuego en el campamento a la vez que atizaba el entusiasmo de los suyos.

Hombre valiente sin alardes, arrogante sin jactancia. Usaba carabina bajo el ación de su montura y la empuñaba y hacía uso de ella, llegado el caso.



Militarmente, fue un genio organizador. Al conjuro de su palabra brotaron los soldados del pueblo y lo siguieron a la lucha con entusiasmo y con fervor. Se sentía el peso de su recta personalidad, su espíritu fuerte, la suprema autoridad que emanaba de su persona.

Impulsaba y al mismo tiempo modelaba con energía a aquel naciente Ejército Constitucionalista, cuyo pie veterano fueron las fuerzas de Coahuila y de Sonora y el proletariado organizado bajo el mando sindical de la Unión Minera Mexicana que, al llamado



de Carranza, había abandonado los negros tiros de las minas de carbón, el constante peligro de las explosiones del gas grisú, allá, bajo el suelo, para formar falanges guerreras y marchar a batir el deshonor, oponiéndole el pecho sano, los músculos endurecidos y todo el aplastante peso de sus convicciones.

Esa era la simiente propicia que Carranza hacía crecer paulatina, pero constantemente. Día con día llegaban los que habían sido revolucionarios en 1906 y 1910; los pobres del campo y los del taller. La sola fuerza de la personalidad del señor don Venustiano Carranza lograba el milagro de germinar virtudes militares sólo logradas en los ejércitos a fuerza de educación profesional técnica previamente impartida, sin que hubiera tiempo ni para entrenamiento ni escuela; sin que existiera rigor y ni siquiera hubiera el incentivo del sueldo diario.

Amaba las cosas militares; veía a los soldados con cariño y se interesaba por sus asuntos. Se satisfacía visitando los cuarteles o los campos de maniobras. Sin pretender ser militar, fue un general notable, férvido en magnas concepciones estratégicas.

Él era quien planeaba las grandes operaciones del Ejército Constitucionalista cuando éste fue integrado por poderosos cuerpos del Ejército y aguerridas divisiones.

Señalaba los objetivos, precisaba la cooperación de las fuerzas, indicaba los caminos y, especialmente, cuidaba de los abastecimientos. El buen éxito de la mayoría de las operaciones se debió al cerebro del Ejército, que era don Venustiano Carranza.

Tácticamente fue un desafortunado. Era un valiente, pero la suerte nunca le acompañó. Aparte de las victorias de Candela, Coahuila, y de Rinconada, Puebla, sus combates fueron desastrosos.



Don Venustiano Carranza fue un patriota. Su vida entera la consagró a hacer bien a su patria. Era un patriota consciente, metódico. Se había nutrido hondamente en la historia de los pueblos más adelantados y, con especialidad, en la de su patria. Era un profundo conocedor de ella. Seguramente su acendrado patriotismo tuvo

como punto de partida ese conocimiento. A través del estudio de la historia, había llegado a penetrar en el alma de su pueblo, mediante la observación de los elementos ancestrales perpetuados por los siglos.

Sabía que el pretérito plasmado en las páginas históricas representaba la conducta del pueblo —consecuencia lógica de su mentalidad—, y constituía su principal preocupación esa mentalidad, largo tiempo adormecida. Venustiano Carranza conocía la historia y con pleno conocimiento de ella, obraba.

Su afición hacia el estudio del pasado tuvo su origen desde su lejana juventud. Su rancho de Las Ánimas, allá en Coahuila, enclavado en aquel infernal desierto que se extiende entre Cuatro Ciénegas y Sierra Mojada, carecía de agua no sólo para el cultivo sino hasta para calmar la sed del ganado. Se hizo, por eso, el propósito de construir una presa en una hondonada del terreno, para captar el agua de las escasas lluvias y dio principio a su obra con la dedicación y energía que siempre puso en cuanto acometió.

En aquel terreno de su propiedad, no existía casa alguna. Tuvo que guarecerse durante largos meses en una cueva del cerro que casualmente quedaba cerca del sitio de la construcción. Desde allí vigilaba el transporte de los materiales, el trabajo de los albañiles; la marcha de la obra, en una palabra. Y mientras tanto, leía, leía. Leyó mucho, especialmente historia. Quizás ahí, en medio de aquel barrial desolado, lejos del mundo, meditó largamente sobre las enseñanzas sacadas de los pasajes del ayer que desfilaron, ininterrumpidamente, delante de sus ojos en sus lecturas.

Conoció el alma del pueblo de la raza. Analizó los hechos, hizo deducciones y se trazó el programa de acción que había de seguir en su vida cuando las circunstancias le fueran propicias.

Allí tuvo el conocimiento profundo del pueblo mexicano. Advirtió cuáles eran las llagas que lo corroían y sangraban de continuo, cuáles eran sus dolores. Se compenetró de sus vicios seculares. Valorizó la ignorancia, la miseria, la maldad. Se percató de que los pueblos no alcanzaban su libertad por simples decretos o deseos de mejoría sino que fatalmente habrían de luchar y de hacer

adaptaciones calculadas sabiamente y desarrolladas con paciencia, tenacidad y honradez.

No era un iluso que intentara sobreponerse al curso de las leyes naturales cambiando la estructura social de la noche a la mañana, caprichosamente.

Conoció la psicología de los pueblos resultante de la obra de sus antecesores étnicos y su pasado histórico y obró, cuando fue oportuno, impelido por la aspiración de llevar hacia el mayor número de sus conciudadanos, la felicidad que sólo puede alcanzarse por medios adecuados inspirados en la ciencia, en la moral y en la justicia.

Cuando estuvo en posibilidad de hacerlo, trató de reconstruir a México sobre la base de una verdadera autonomía, tanto en el orden militar, cuanto en el económico e internacional.



Desde que dio principio la Revolución de 1913, hasta su muerte, no hubo un solo día de absoluta paz en la República y, por ello, Carranza palpó la necesidad imperiosa de tener un aprovisionamiento seguro de armas y municiones, producidas en el país.

Hasta entonces, era el extranjero quien proporcionaba los elementos de combate a las tropas del gobierno o a las facciones contendientes. Por eso nuestros asuntos interiores estaban, de hecho, en manos y al arbitrio de nuestros interesados proveedores.

Puso todo su empeño en que el país produjera todo el material de guerra suficiente para las necesidades militares del presente y del porvenir y creó primero e impulsó después, los Establecimientos Fabriles Militares.

“Hay que fabricar nuestras propias armas y municiones —decía Carranza— si no queremos que nuestros asuntos interiores los decidan los que nos las proporcionen.”

No solamente llegó a hacer factible la fabricación de armas y municiones en el país, sino que su entusiasmo lo llevó hasta lograr que pudieran construirse también aeroplanos, creando, por primera vez en México, la nueva e importante arma aérea del Ejército.

Corresponde a don Venustiano Carranza el mérito indiscutible de haber puesto las bases de una verdadera industria militar mexicana. Ya siendo presidente de la República, con fecha 16 de octubre de 1916, expidió un decreto ordenando la creación del Departamento de Establecimientos Fabriles y Aprovisionamientos Militares. El nuevo Departamento dejó de pertenecer al de Artillería, aunque continuó adscrito a la Secretaría de Guerra y Marina.

Se procedió a la adquisición de maquinaria para instalar una fábrica de armas portátiles y otra de municiones de pequeño calibre y para mejorar el rendimiento de la Fábrica de Pólvora sin humo. También se adquirió maquinaria para la fabricación de proyectiles de artillería de 80, 75 y 70 milímetros y para la reparación del material de artillería y de la maquinaria instalada en las diversas fábricas.

Por otra parte y como consecuencia de esa labor que se iniciaba, se crearon la Fábrica de Vestuario y Equipo y la Planta Nacional de Curtiduría. Posteriormente, se introdujeron algunas modificaciones al naciente Departamento, resultando, entre ellas, la supresión de la Maestranza. Su maquinaria quedó distribuida en las que serían Fábrica de Armas y Fundición de Artillería.

Tanto por falta de conocimientos en la materia, como por el atraso industrial del país, inicialmente, el Departamento de Establecimientos Fabriles y Aprovisionamientos Militares fue manejado por dependencias que impedían, por su deficiente organización burocrática, el desarrollo de las nuevas instalaciones industriales de carácter militar.

Tales circunstancias, agregadas a los grandes adelantos bélicos derivados de la Primera Guerra Mundial, determinaron que se decretara la autonomía del dicho Departamento, por la Ley Orgánica de las Secretarías de Estado y Departamentos Administrativos, de fecha 25 de enero de 1917.

Se anexaron al Departamento los incipientes Talleres de Aviación y los Almacenes de Armamento y Municiones.

